

# Pedro I “el Cruel” y su amante María de Padilla en el origen de la escritura del *Libro de Buen Amor* por Juan Ruiz de Cisneros

## Pedro I “the Cruel” and His Mistress María de Padilla in the Origin of the Writing of the *Libro de Buen Amor* by Juan Ruiz de Cisneros

JESÚS FERNANDO CÁSEDA TERESA  
IES Valle del Cidacos Calahorra (La Rioja)  
casedateresa@yahoo.es  
ORCID: 0000-0003-0409-4297

### RESUMEN

Esta investigación descubre que los grandes protagonistas del *Libro de Buen Amor* son el rey Pedro I de Castilla y su amante María de Padilla, familiar política de su probable autor, Juan Ruiz de Cisneros. Se propone una relectura completamente diferente a como hasta ahora se ha hecho de la mayor parte de los episodios de la obra y se data su composición durante los años cincuenta, no en el periodo de 1330 a 1343, durante el gobierno de Alfonso XI, fechas señaladas por Juan Ruiz en los manuscritos de Toledo y Salamanca. Esta falsa datación del autor tenía un objetivo muy claro: protegerse de la *ira regia* del cruel monarca.

**PALABRAS CLAVE:** *Libro de Buen Amor*, Pedro I, María de Padilla, Juan Ruiz de Cisneros, datación.

### ABSTRACT

This research reveals that the main protagonists of the *Libro de Buen Amor* are King Pedro I of Castile and his mistress María de Padilla, an in-law of its probable author, Juan Ruiz de Cisneros. Throughout it, a completely different re-reading of most of the episodes of the work is proposed, dating its composition to the 1350s, not to the period from 1330 to 1343 during the rule of Alfonso XI, the dates given by Juan Ruiz in the manuscripts of Toledo and Salamanca. This false dating by the author had a very clear objective: to protect himself from the royal wrath of the cruel monarch.

**KEYWORDS:** *Libro de Buen Amor*, Pedro I, María de Padilla, Juan Ruiz de Cisneros, dating.

FECHA DE RECEPCIÓN: 3/09/2024

FECHA DE ACEPTACIÓN: 7/05/2025

## 1. ANTECEDENTES Y PROPÓSITO DE ESTE ESTUDIO

6 El convulso reinado de Pedro I, entre los años 1350 y 1366, apellidado por unos “el Cruel” y por otros “el Justiciero”, fue un periodo lleno de sobresaltos en el agitado siglo XIV. La guerra civil a que arrastraron los nobles castellanos, divididos en petristas y enriqueños, marcó un periodo muy doloroso, cuyas heridas tardarían mucho tiempo en curar, y tuvo sus ecos literarios durante aquel siglo y posteriores. Todavía en la actualidad se siguen publicando novelas que tienen como protagonistas a este rey y a su amante María de Padilla. Los primeros que intentaron cambiar la narrativa de la *Crónica del rey Pedro I* de Pedro López de Ayala fueron los descendientes del rey castellano, entre los que encontramos a Constanza, Alonso, Francisco o Diego de Castilla. Pero no fueron los únicos.

Pronto los poetas se sintieron seducidos por las figuras del rey D. Pedro y su amante María de Padilla, así como por la reina Blanca de Borbón, creando un romancero que fue creciendo a finales del siglo XIV y durante el XV. Pérez Gómez (*Romancero del rey D. Pedro*) recopiló textos diversos en un *Romancero del rey D. Pedro*, cuya primera composición podemos datar en 1358.

Durán (*Romancero General o Colección de romances castellanos*) recogió varios de estos romances, bajo el epígrafe de “Romances de la época de don Pedro I de Castilla, llamado el Cruel”. Quizás el más famoso es el titulado “Visión que tuvo el rey don Pedro para ver de convertirse a Dios”, que comienza así (Durán, *Romancero General*, 38):

Por los campos de Jerez  
A caza va el Rey Don Pedro:  
En llegando á una laguna  
Allí quiso ver un vuelo.  
Vido volar una garza,  
Disparóla un sacre nuevo,  
Remontárale un neblí,  
A sus pies cayera muerto.  
A sus pies cayó el neblí,  
Túvolo por mal agüero.

La imagen del rey D. Pedro en la literatura del Renacimiento y del Barroco ha interesado a diversos investigadores, que han analizado la influencia

que tuvo en esos periodos y también desde el Romanticismo hasta la actualidad. Sánchez (*La imagen del Rey don Pedro en la literatura*) ha llevado a cabo un estudio de su presencia en la creación durante los siglos XVI y XVII. Y Sanmartín (“Un viaje por el mito del rey cruel”) ha analizado la presencia del mito del “rey Cruel” después del Romanticismo, incidiendo en las diversas versiones que se hicieron sobre él. Señala, a este respecto (Sanmartín, “Un viaje por el mito del rey cruel”, 83):

Al final, la historia de don Pedro se transformó en una atractiva interpretación, y como tal la centuria decimonónica, tan propicia a recrear cuentos, se apoderó de ella con una pasión inusitada. Aunque los siglos XV, XVI, XVII y XVIII continuaron hablando de Pedro el Cruel, fue el XIX, especialmente en la segunda mitad de su existencia, el que con más empeño pensó a este rey. Sin duda porque los cuestionamientos que suscitaba debían ser resueltos.

7

Pero mucho antes que todos ellos, el *Libro de Buen Amor*, escrito durante aquel convulso periodo, estando todavía vivo D. Pedro, situó como protagonistas al monarca y a su amante; circunstancia que, sin embargo, nadie ha puesto de relieve. Siempre se ha creído que se compuso entre 1330 y 1343, como así se afirma en las cuartetas que escribió el propio autor al final del poema y que aparecen recogidas en los manuscritos de Toledo y de Salamanca. Sin embargo, hay muchos datos que contradicen esta afirmación (Cáseda, “La falsa datación”, 161-180). Se trata, como veremos, de una falsedad que el autor de la obra ideó con un único fin: prevenirse de la *ira regia* y no ser descubierto, toda vez que el principal referente de la composición, satirizado en muchas ocasiones a lo largo de ésta, fue Pedro I de Castilla.

Por otra parte, la labor llevada a cabo por el canciller mayor de Castilla, Pedro López de Ayala, en su *Crónica del rey Pedro I* fue, a este respecto, notable, como creador del marbete de “rey cruel”. Se trata, en su caso, de un antiguo seguidor de su bando, tiempo más tarde afín y militante en el de Enrique de Trastámara (Valdaliso, “La dimensión política”). Que había cuestiones personales que hicieron que cambiara de partido y que ello influyó en su *Crónica*, restándole objetividad, parece algo bastante evidente.

Sin embargo, el mismo rey que se ganó la animadversión de buena parte de los aristócratas castellanos (Quintanilla, “La nobleza señorial”, 87-116) fue quien apoyó a los burgueses de las ciudades, al pueblo llano y quien combatió ciertos privilegios de una rabiosa nobleza que fue abandonándolo, tomando como excusa su actitud con la reina, Blanca de Borbón, su matrimonio ilegal con Juana de Castro y sus amores con María de Padilla, tildada de

bruja, vilipendiada y despreciada por las clases más altas (Ordóñez, “María de Padilla”, 89-105). No extraña que los burgueses le pusieran el apelativo de “el Justiciero” (Ayora, *El Rey Don Pedro*), toda vez que se apoyó en las nuevas clases emergentes, promocionó el comercio y gobernó limitando al máximo las prerrogativas y privilegios de la aristocracia, abanderada, en su parte disidente, por sus hermanastros, los hijos de la antigua amante de su padre Alfonso XI, doña Leonor de Guzmán, presa y asesinada por orden de Pedro I, tras reclamárselo su madre María de Portugal.

8 Entre los pocos que se han preguntado por la ausencia de Pedro I en los cancioneros medievales, se encuentra Perea (“Pedro I y la propaganda antipe-trista, I”, 109-132; “Pedro I y la propaganda antipe-trista, II”, 151-181), estudio de las causas que provocaron este mutismo y sus razones. Es indudable que los vencedores y el propio Enrique de Trastámara buscaron no sólo oscurecer los brillos de aquel reinado, sino también cualquier comentario positivo sobre un gobierno con sombras, pero también con luces, marcado por una guerra civil que dividió a Castilla y que provocó mucho dolor.

Correa (“La prosa literaria de Pedro I”, 269-276) ha analizado la presencia del rey D. Pedro en los romances medievales, habitualmente contrarios a su amante María de Padilla. Sobre la crónica de Pedro López de Ayala, son muchos los que la han estudiado, entre otros, Devia, quien propone que:

para justificar el enfrentamiento entre Pedro I y Enrique II de Castilla, que culmina con la muerte de un rey indiscutiblemente legítimo a manos de su hermano usurpador, el cronista Pedro López de Ayala construye progresivamente una imagen negativa y en cierta manera monstruosa de Pedro I. A su vez, intenta demostrar que el conde de Trastámara no despoja a Pedro del trono por ambición personal y transgrediendo las normas, sino que se ve impelido a llevar a cabo la misión de salvar al reino de los terribles males que le ocasionan las monstruosas acciones de su hermanastro. (“Pedro I y Enrique II de Castilla”, 58)

El tiempo ha ido dando la razón a quienes consideraron que el canciller mayor de Castilla elaboró un retrato de aquel periodo injustificado si contrastamos con lo que, en el otro bando, hacían los hermanastros del rey.

Devia compara, por ejemplo, las apreciaciones de López de Ayala en su *Crónica* y las de Leonor López de Córdoba en sus *Memorias*, uno de los primeros textos escritos por una mujer en lengua castellana. Y, a su vez, confronta ambos relatos desde la perspectiva de los bandos enemigos. En su análisis, queda claro que, si bien “las *Crónicas* constituyen documentos que se podrían

denominar oficiales y fueron hechas por encargo de un rey”, las *Memorias* de Leonor López de Córdoba “surgen sólo ante el deseo de doña Leonor de relatar su historia y la de su linaje” (“Dos visiones del conflicto petrista-trastámara”, 313). López de Ayala lleva a cabo un buen trabajo para su señor, Enrique de Trastámara, proclamado en Calahorra como Enrique II de Castilla, desde la óptica de su propio bando; pero, por el contrario, en opinión de Devia, hay mucho en su *Crónica* de discurso tergiversador de la realidad, siempre al servicio del vencedor de la guerra:

En el caso de las *Crónicas*, por ejemplo, si bien Ayala parece querer mostrar un uso descontrolado de la violencia regia por parte de Pedro I, su propio relato ofrece indicios que permiten inferir que las acciones del rey estuvieron en gran parte teñidas de racionalidad, siendo llevadas a cabo las más de las veces siguiendo planes minuciosamente calculados, que perseguían determinados objetivos de orden político, social, económico, etc. Comparando diversos pasajes de la *Crónica de Pedro I* es posible analizar esta dicotomía entre el retrato negativo e irracional que el canciller Ayala —uno de los mayores responsables de que Pedro sea recordado como el Rey Cruel— construye con maestría, y lo que dejan entrever prácticas que él mismo relata. La violencia ejercida por Pedro I es mostrada en general por Ayala como una escalada carente de todo sentido y surgida de su carácter cruel, lujurioso y sanguinario. Pero el estudio detenido de la misma documentación revelaría una política de construcción de poder regio por medio de prácticas en las que intervendrían diferentes funciones de la violencia: económica, socializadora, de intercambio, simbólica, de justicia, fundacional, cultural, etc. (“Dos visiones del conflicto petrista-trastámara”, 316)

9

El trabajo que ahora principio pretende analizar el modo en que Pedro I y su amante María de Padilla fueron vistos en el *Libro de Buen Amor*, su presencia en la obra y el punto de vista de su probable autor, Juan Ruiz de Cisneros, sobre ambos personajes; sirvió al primero como guarda mayor y también como merino mayor de León y de Asturias y fue “cuñado”, en términos de la época, o familiar político de doña María, cuando ya estaba viudo de Mencía de Padilla.

2. EL LIBRO DE BUEN AMOR Y EL REY PEDRO I (PITAS PAJAS O D. CARNAL), SU ESPOSA D.<sup>a</sup> BLANCA DE BORBÓN Y SU AMANTE “LA DUEÑA CHICA” D.<sup>a</sup> MARÍA DE PADILLA, FAMILIAR POLÍTICA O “CUÑADA” DE JUAN RUIZ DE CISNEROS

10

Si bien los dos manuscritos más antiguos de la obra, de Toledo y de Salamanca, aluden a su escritura en 1330 y en 1343, respectivamente, sin embargo, como creo haber demostrado en estudios anteriores a éste, el *Libro de Buen Amor* se elaboró en la década de 1350, una vez llegó al poder el rey D. Pedro (Cáseda, “La falsa datación del *Libro de Buen Amor*”, 161-180). Las pruebas de ello son innumerables, entre otras, las referencias al primer criado que aparece en la obra, Ferrán García, y a la “Cruz cruzada, panadera”: en realidad, el compañero de behetrías de Juan Ruiz de Cisneros en el norte de Palencia, Ferrán García Duque Estrada Butrón Múxica, y la esposa de éste, la asturiana María de Noriega, descendiente de quien inició la Cruzada contra los moros, el rey asturiano D. Pelayo (Cáseda, “Autobiografía poética en el *Libro de Buen Amor*”, 83-116). La segunda criada, Urraca, oculta, en realidad, a la priora del monasterio de damas nobles aragonesas en Sijena —donde todavía hoy a las urracas se llama “garzas”, “garozas” en la Edad Media—, fallecida en 1357, momento que coincide con la muerte de Urraca en la composición literaria (Cáseda, “El episodio de Doña Garoza”, 230-244). El último de los criados, D. Furón, esconde a un miembro de la familia mozárabe toledana ben Furón, Pedro Alfonso de Ajofrín, “mozo” por “mozárabe” y no por su edad, quien “leía por mal cabo” [1624a] (de derecha a izquierda, como los árabes) y a quien, tras apoyar a la reina D.<sup>a</sup> Blanca de Borbón y no pagar las deudas contraídas con el rey D. Pedro (“no ayunaba” [1621d] se dice en el poema), este último confiscó todos sus bienes y le arrebató sus títulos (Cáseda, “Don Furón o ben Furón”, 141-154).

El conocido episodio del *mur* de campo y del *mur* de ciudad, inserto en la historia de doña Garoza, se sitúa en la pequeña localidad de Mohernando, sólo conocida a partir de una circunstancia histórica de aquel tiempo: la reclamación de su propiedad por el rey Pedro I, a instancia de los santiaguistas, al arzobispo de Toledo Gil de Albornoz, quien se había hecho con ella gracias a una donación de la amante de Alfonso XI, doña Leonor de Guzmán, tras arrebatársela a la orden militar de Santiago. La solicitud del monarca al arzobispo fue la causa última que le puso sobre aviso, provocando su huida de Castilla, primero a Francia y luego a Italia, acompañado intermitentemente por Juan Ruiz de Cisneros (Criado de Val, *Historia de Hita y su Arcipreste*, 135).

El episodio de D. Simio, alcalde de Buxía, retrata con detalle el robo por Enrique de Trastámara del tesoro real depositado en Toledo, concretamente en la casa del tesorero de Pedro I, Simuel Leví —“D. Simio” en el poema—, cuya familia era originaria de Buxía en Túnez y él, además de tesorero, ostentaba el cargo de oidor o alcalde de la Audiencia de Castilla (Cáseda, “La falsa datación del *Libro de Buen Amor*”). En este extenso relato, el rey se oculta bajo la piel de un lobo; su hermanastro aparece como una raposa; el tesoro real se convierte en un gallo y se alude a D.<sup>a</sup> Blanca: la loba que “vive en vil forado” (v. 337d), presa en el castillo de Sigüenza por orden de Pedro I. También se hace referencia a la “barragana pública” (v. 337c) —doña María de Padilla—, llamada también en el texto poético “mançeba mastina que guarda las ovejas” (v. 338a). Y se menciona la “excomuni3n por constituci3n de legado” (v. 337b): la excomuni3n papal del rey D. Pedro, leída en la catedral de Toledo el 19 de enero de 1355 por el obispo de Senez, el legado del papa en Castilla, a causa del trato dispensado a la reina D.<sup>a</sup> Blanca, la boda del monarca con Juana de Castro y sus amores con María de Padilla.

11

Podemos datar en 1355 la batalla de D. Carnal (el rey Pedro I) y D.<sup>a</sup> Cuaresma (la se1ora de Vizcaya, D.<sup>a</sup> Juana N3ñez de Lara). En este conocido episodio, apenas estudiado monogr3ficamente por Bienvenido Morros (“La pelea de don Carnal”, 17-37), se reconoce f3cilmente al infante D. Juan, cu1ado de do1a Juana, con aspiraciones al se1orío vasco, quien aparece en la obra como “D. Jueves Lardero” (Cáseda, “Cr3nica militar y pol3tica”, 267-290). En esta parte de la obra, hallamos referencias a la prisi3n del rey D. Pedro por el bando de los nobles opositores, alusiones al “privado” del papa (v. 1161b), Alfonso Vargas de Toledo (1307-1366), o a los viajes del rey D. Pedro a Burgos, Toledo, Medina del Campo, Sevilla o Extremadura. Y hallamos tambi3n una menció3n al robo por D. Tello, hermanastro de Pedro I, de una recua de animales de tiro que iban de Burgos a la feria de Alcal3 de Henares, por lo que fue condenado; pena que, sin embargo, consigui3 el monarca aragon3s Pedro “el Ceremonioso” que le fuera condonada.

Tras D. Mel3n Ortiz, se encuentra otro “Ortiz”, en concreto, el navarro y a la par castellano D. 3nigo Ortiz de Est3niga, compa1ero de Juan Ruiz de Cisneros como guarda mayor de Pedro I (Cáseda, “La historia de D. Mel3n Ortiz y D.<sup>a</sup> Endrina”, 136-148). La referencia navarra est3 tambi3n presente en el nombre de D.<sup>a</sup> Endrina —fruto, la endrina, con el que se elabora todav3a hoy la m3s famosa bebida de aquellas tierras, el pachar3n, macerado en el dulce an3s, tan dulce como D. Mel3n—. Se trata de D.<sup>a</sup> Juana de Orozco, miembro de la familia de los se1ores de Hita.

Son, por tanto, muchos los datos que, indefectiblemente, apuntan a que la obra se compuso en la década de 1350, durante el gobierno del rey Pedro I de Castilla y no, como siempre se ha creído, durante el de su padre el rey Alfonso XI. La razón de esconder la datación real y engañar en las cuartetas finales de la obra, dando siempre fechas anteriores, obedece a una razón muy simple: protegerse de la *ira regia* del cruel D. Pedro.

Este modo de resguardarse, ocultándose en el pasado para hablar del presente, no era para entonces algo nuevo. Lo podemos ver, por ejemplo, en el *Cantar* cidiano. En este último, su autor sitúa la acción durante el primer destierro de Rodrigo Díaz de Vivar, en 1081, durante el reinado de Alfonso VI; sin embargo, hay muchos hechos del relato que nos llevan al periodo del gobierno de Alfonso VIII, cien años después (Cáseda, “Raquel (la judía de Toledo)”, 493-519).

12

Volviendo a nuestra obra: ¿qué retrato hace Juan Ruiz de Cisneros de Pedro I en el *Libro de Buen Amor*? Cercano en algunos aspectos al de Pedro López de Ayala, pero con algunas importantes diferencias. Sabemos que fue María de Padilla, familiar de su difunta esposa doña Mencía de Padilla, quien logró su promoción dentro de la corte castellana y, de este modo, consiguió para él, además de importantes propiedades en el norte peninsular, específicamente en la zona de Palencia, los cargos de merino mayor de León y de Asturias y el de guarda mayor del rey D. Pedro, lo que le permitió estar muy próximo a él (Cáseda, “Autobiografía poética en el *Libro de Buen Amor*”, 89 y ss.). Fue testigo excepcional de la prisión en Toledo de la reina D.<sup>a</sup> Blanca, concretamente en su catedral, donde buscó refugio —y de donde él era canónigo—, y de su confinamiento en Sigüenza, localidad en la que él vivió durante su infancia y su juventud junto con su tío el obispo de la diócesis. Estuvo al lado del rey cuando se produjo la campaña militar de 1355 para arrebatar el señorío de Vizcaya a doña Juana Núñez de Lara y también en sus viajes a Extremadura, Sevilla, Burgos o Toledo ese mismo año. Fue entonces apresado por el rey, por la derrota de Medina del Campo ante las tropas de su hermanastro Enrique de Trastámara, y a punto estuvo de ser ejecutado, lo que probablemente no le ocurrió, como sí a otros muchos, gracias a la intervención de su familiar María de Padilla.

Fue testigo, asimismo, de los amores del rey con esta última, miembro de la familia de doña Mencía, su esposa fallecida, y fue también conocedor de los denuestos proferidos contra esta mujer, vilipendiada por muchos miembros de la nobleza castellana y por los clérigos del reino, a la cual se culpabilizó de todos los males de la nación, convirtiéndola, en el imaginario colectivo, en una bruja que habría hechizado al rey D. Pedro. Como consecuencia de

ello, y en desagravio de esta mujer, Juan Ruiz escribió una de las más bellas composiciones poéticas en lengua castellana, su “Elogio de las dueñas chicas” (Cáseda, “Pedro I ‘el Cruel’”, 283-304), que tiene como protagonista, aunque sin nombrarla, a la que era, en palabras de Pedro López de Ayala, la mujer más bella del reino “e pequeña de cuerpo” (López de Ayala, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, t. I, 89).

Los capítulos más conocidos del *Libro de Buen Amor* giran en torno a los amores del rey con doña María. El episodio de Pitas Pajas (Cáseda, “Pedro I ‘el Cruel’”), por ejemplo, nos sitúa ante “Pedro Primero” (nombre con dos bilabiales oclusivas sordas /p/, como también ocurre en el anterior nombre de “Pitas Pajas”) como protagonista. La esposa abandonada “antes del mes cumplido” (v. 475a) es doña Blanca de Borbón, a la que dejó a los dos días de la boda por no haber abonado la dote acordada. La acción se sitúa en la Bretaña de Francia, país de procedencia de doña Blanca, la cual salpica su lengua con voces galas como *feste*, *monsseñer*, *petit* o *garçon*. El nombre de “pajas” hace referencia al rasgo físico que mejor identificaba a Pedro I, el color rubio de su cabello. Y su viaje a Flandes alude a sus negocios con estos territorios, a los que vendió lana a través de los puertos cántabros. El reencuentro de ambos esposos, dos años después del abandono en el episodio en el “palacio”, refleja la reunión de ambos y la prisión posterior de Blanca por orden de D. Pedro, lo que soliviantó a sus opositores, que utilizaron el maltrato a su esposa como elemento aglutinante contra él. Pero el dato que demuestra de modo concluyente que Pitas Pajas es Pedro Primero, se encuentra en el poema, cuando se le nombra explícitamente tres veces con el nombre de “Pedro” y dos con el numeral “el Primero”:

13

**Pedro** levanta la liebre e la mueve del covil, 486  
non la sigue nin la toma, façe como caçador vil.  
Otro **Pedro** que la sigue e la corre más sotil,  
tómala, esto acontece a caçadores mil.

Diz’la mujer entre dientes: “Otro **Pedro** es aqueste, 487  
más garçón e más ardit que **l’primero** que ameste,  
**el primero** apost de este non vale más que un feste,  
con aqueste e por este faré yo si Dios me preste”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Cito a partir de la edición de Gybbon (*Libro de Buen Amor*).

¿Qué actitud toma Juan Ruiz en el relato con respecto al rey? En los anteriores versos transcritos, es perceptible el rechazo a su actitud y su trato a doña Blanca, de cuyo sufrimiento y abandono fue él testigo, tanto en Toledo como, probablemente, también en Sigüenza. Ello no impidió, sin embargo, que hiciera una alabanza de la “dueña chica” más conocida del reino, su familiar María de Padilla que tanto le favoreció, y de ahí que escribiera, aunque sin nombrarla, los conocidos versos dirigidos a ella, esta bella mujer de pequeño cuerpo que enloqueció de amor a Pedro I.

14

El episodio de D. Carnal y D.<sup>a</sup> Cuaresma es una crónica del año 1355 en que se poetiza la pelea de ambos personajes alegóricos; en realidad, se relatan las batallas de Gordejuela y Ochandiano, ganadas por doña Cuaresma —doña Juana Núñez de Lara, señora de Vizcaya— frente a las tropas enviadas por Pedro I —D. Carnal— bajo la dirección de D. Jueves Lardero, el infante D. Juan, cuñado de ella (Cáseda, “Crónica militar y política”). En el mismo, se describen el cautiverio que sufrió D. Pedro ese mismo año por sus hermanastros y su liberación conseguida con engaños. Y encontramos personajes como su confesor, quien le impone una dura dieta en el episodio. Se trata del confesor real y poderoso “privado del papa”, Alfonso Vargas de Toledo. En el relato poético vemos a Juan Ruiz de Cisneros acompañar a su rey a Sevilla, a Toledo, donde se robó su tesoro, a Medina del Campo, en la derrota sufrida, o a Extremadura, persiguiendo a sus enemigos. La victoria final de Carnal sobre Cuaresma no se produce, como en la anterior contienda entre ambos, en el campo de batalla por una razón: D. Pedro consiguió, mediante un acuerdo muy ventajoso obtenido con engaños, las tierras de Vizcaya sin necesidad de pelear. Tras su victoria, huye doña Cuaresma —como así ocurrió— a Francia, reproduciendo la fuga de Juana Núñez de Lara. Y D. Carnal asola aquellas tierras, vengándose con la ayuda de los ingleses —a los que se alude repetidamente en sus “carnicerías”—, los cuales ocuparon y vandalizaron pueblos y lugares. Si el rey D. Pedro buscó el favor de Inglaterra y de sus soldados, su hermanastro D. Enrique tuvo el apoyo de los franceses, que lo acompañaron en su lucha contra el monarca, y que, de igual modo, hicieron múltiples robos, saqueos y “carnicerías” en Castilla.

El episodio de D. Simio, alcalde de Buxía, nos sitúa de nuevo en un momento fundamental de la biografía del rey D. Pedro y de su reinado. D. Simio esconde a D. Simuel Leví, judío de una familia toledana procedente en el pasado de Túnez, probablemente de la localidad de Buxía, a quien Juan Ruiz de Cisneros conoció en la Ciudad Imperial. Se trata del hombre más rico de su tiempo, tesorero real, consejero y oidor —de ahí el título de alcalde— de la Audiencia de Castilla (Cáseda, “La falsa datación del *Libro de Buen Amor*”).

La historia se configura como una fábula protagonizada por animales, bajo cuya piel encontramos a personas reales. De este modo, como ya he señalado con anterioridad, el lobo es el rey D. Pedro, a quien la raposa, su hermanastro Enrique de Trastámara, roba el gallo o tesoro real en casa de D. Cabrón o D. Simuel Leví. La loba es la esposa del lobo, esto es, D.<sup>a</sup> Blanca de Borbón, la cual “vive en vil forado” (v. 337d), puesto que entonces se encontraba presa, primero en Toledo y más tarde en el castillo de Sigüenza. Se alude, asimismo, a la “mançeba mastina que guarda las ovejas” (v. 338a), también descrita como una “barragana pública” (v. 337c), la amante de Pedro I, María de Padilla, familiar de Juan Ruiz de Cisneros. Y en esta parte de la obra aparece la referencia, como ya he indicado anteriormente, a la “excomuni3n por constituci3n de legado” (v. 337b) que ley3 el legado papal, el obispo de Senez, el 19 de enero de 1355 en la catedral de Toledo, a causa del maltrato dispensado a la reina y su boda ilegal con Juana de Castro.

15

La sentencia de D. Simio, o de Simuel Leví, no contenta a ninguna de las dos partes, una vez atendidas las excepciones procesales dilatoria y perentoria expuestas, y, de este modo, aunque no concede validez a la excomuni3n, considera que tanto el lobo, o Pedro I, como la raposa, o su hermanastro Enrique de Trastámara, han actuado de igual forma: han robado y saqueado, llevando al reino a una dolorosa y sanguinaria guerra civil. Algo parecido denunciará un siglo más tarde Alfonso de Palencia en su *Batalla campal de los perros contra los lobos*, fábula en la que los perros o castellanos pelearán en la batalla de Olmedo (1445) contra los lobos o navarros y aragoneses en otra guerra civil, esta ocasi3n, en tiempos de Juan II de Castilla, causando, una vez más, un enorme dolor y destrucci3n.

De nuevo, el punto de vista de Juan Ruiz de Cisneros en este episodio es crítico con el rey D. Pedro, al que, sin embargo, sirve desde muy cerca en su condici3n de guarda mayor y de merino mayor de Asturias y de León. Pero no lo es menos con su hermanastro Enrique de Trastámara. Considera en la obra que tanto la reina Blanca de Borb3n como la amante real, María de Padilla, su familiar, son v3ctimas en los dos casos del rey que maltrata a la primera y que provoca la mala fama de la segunda, fama alentada por clérigos y nobles del reino. María de Padilla, en efecto, fue v3ctima propiciatoria del odio de buena parte de la nobleza y del estamento clerical, que la acusaron de haber enloquecido de amor a Pedro I tras practicar con él la magia, punto de vista que difundirán más tarde muchos romances y coplas, dándole fama de hechicera y de mujer artera. Sin embargo, ahora sabemos que se comportó en muchos momentos de una forma muy inteligente, tratando de detener en multitud de ocasiones la sed de venganza del rey y calmando sus arrebatos crueles. Casilda

Ordóñez (“María de Padilla”, 89-105) la llama “dulce y equilibrada”, el perfecto contrapunto de Pedro I. Pese a ello, creció la especie de que había anulado la voluntad del rey con artes mágicas; de este modo, según Sánchez Ortega:

16

El rey Pedro había concebido un odio implacable contra la reina inocente, maleficiado según se cree por industria de María de Padilla, a la que antes había amado como concubina, pues ella al verse despreciada por el Rey maquinó por medios de filtros mágicos provocar el odio del Rey contra la Reina, lo que consiguió por ciertos maleficios un judío diabólico que había conspirado con singular odio contra la Reina. La Reina había regalado al rey un hermosísimo ceñidor dorado adornado con gemas y piedras preciosas que Pedro llevaba a menudo por amor a ella. Pero María, rival de la Reina, hizo astutamente que aquel ceñidor llegara a manos del mago judío, el cual en cierta ocasión hizo tal maleficio que un día festivo que el rey lo llevaba puesto, a la vista de todos se mostró que llevaba no el este ceñidor dorado, sino una horrible serpiente. (“La mujer como fuente del mal; el maleficio”, 71)

## CONCLUSIONES

El *Libro de Buen Amor* ha de leerse de una forma completamente diferente a como se ha venido haciendo hasta ahora. En primer lugar, la datación se ha de situar en los años cincuenta del siglo XIV, durante el reinado de Pedro I de Castilla y no durante el de su padre, Alfonso X, como hasta ahora se ha hecho: 1330 y 1343, tal y como aparece en los manuscritos de Toledo y de Salamanca.

En segundo lugar, tras la mayor parte de las historias y de los personajes que aparecen en la obra se esconden hechos históricos contemporáneos y sus protagonistas de aquel tiempo. Así, por ejemplo, tras los criados Ferrán García y don Furón se esconden, respectivamente, el compañero de behetrías de Juan Ruiz de Cisneros, Ferrán García Duque Estrada, y el miembro de la familia ben Furón, Pedro Alfonso de Ajofrín. Tras doña Urraca se oculta la priora del monasterio de damas nobles de Sijena, Urraca Artal de Luna, familiar de los arzobispos de Toledo, Jimeno de Luna y su sobrino Gil de Albornoz Martínez de Luna. Tras D. Melón Ortiz y D.<sup>a</sup> Endrina están Íñigo Ortiz de Estúñiga, guarda mayor real, y su esposa Juana de Orozco, del linaje de los señores de Hita esta última. D. Simio, “alcalde de Buxía”, es la versión literaria de Simuel Leví, tesorero real y alcalde u oidor de la Audiencia de Castilla.

Pero los protagonistas de la obra son dos personajes que este trabajo estudia con mayor detalle: el rey D. Pedro y su amante María de Padilla, cuñada o familiar de Juan Ruiz o Rodríguez de Cisneros. El primero se oculta detrás del personaje de Pitas Pajas, quien abandonó a su esposa al poco de casarse (D.<sup>a</sup> Blanca de Borbón) y cuyo nombre está compuesto por dos bilabiales oclusivas sordas como también “Pedro Primero”, de color rubio (de ahí la referencia a “pajas”), que estableció comercio con los Países Bajos y que, tras abandonar a su esposa, volvió con su amante María de Padilla, familiar de Mencía de Padilla, la fallecida cónyuge de Juan Ruiz de Cisneros.

Doña María es objeto de un elogio, aunque disimulado, en la conmovedora composición en elogio de las dueñas chicas. Se trata de la mujer, en palabras del canciller Pedro López de Ayala, más bella del reino, aunque “pequeña de cuerpo”. Este poema es una vindicación de las mujeres pequeñas por su tamaño, no por su edad, y, fundamentalmente de doña María, objeto de persecución por buena parte de la nobleza y de la clerecía que tomaron a la perseguida reina D.<sup>a</sup> Blanca como estandarte en su lucha contra el rey.

17

De nuevo Pedro I se convierte en protagonista en el episodio de D. Carnal y D.<sup>a</sup> Cuaresma. El primero esconde a la figura real y la segunda a la señora de Vizcaya, doña Juana Núñez de Lara. En este episodio se reproducen las batallas de Gordejuela y Ochandiano, en Vizcaya, la final victoria de Pedro I, aunque no por las armas, y la huida a Francia de esta mujer. Aparecen en él D. Jueves Lardero (el infante D. Juan), el “privado del papa” y confesor real, el agustino Alfonso Vargas de Toledo, y menciones a la prisión real en Toro, a la campaña de Extremadura y al robo en la judería de Toledo del tesoro del monarca, así como de una recua de ganado por el infante D. Juan que iba de camino a la feria de Alcalá.

En tercer lugar, y como última derivada de todo lo anterior, ha de atribuirse la autoría de la obra a Juan Ruiz o Rodríguez de Cisneros, compañero de behetrías de Ferrán García Duque Estrada, esposo de María de Noriega, buen conocedor también de los ben Furón, linaje mozárabe mantenedor de la iglesia de Santa Leocadia en Toledo, de la que fue su abad durante muchos años Juan Ruiz de Cisneros. Este último fue guarda mayor del rey Pedro I (Pitas Pajas en la obra) y familiar político de la amante del monarca, María de Padilla (la dueña chica del poema). Conoció bien, debido a su condición de merino mayor de León y de Asturias, a D. Simio o D. Simuel Leví, tesorero real y alcalde u oidor de la Audiencia de Castilla. Fue testigo de la pelea entre Carnal (Pedro I) y Cuaresma (Juana de Lara, señora de Vizcaya) y participó en su condición de guarda mayor real —cargo en el que sucedió a D. Melón Ortiz o Íñigo Ortiz de Estúñiga, esposo de D.<sup>a</sup> Endrina o Juana de Orozco

(hija de un compañero de Juan Ruiz en la batalla de río Salado y en el cerco de Algeciras)— en batallas como la de Medina del Campo.

En conclusión, sólo podremos entender esta obra fundamental de nuestra literatura si situamos correctamente su fecha de escritura y descubrimos la falsedad de las famosas cuartetas de Toledo y de Salamanca; si identificamos a los personajes que la protagonizan, ocultos por miedo de su autor a la *ira regia* en caso de ser descubierto; y si, una vez hecho lo anterior, reconocemos a su verdadero autor, Juan Ruiz o Rodríguez de Cisneros, clérigo y ricohombre, miembro relevante de la corte castellana, testigo excepcional del revuelto periodo de la guerra civil de Pedro I y sus hermanastros, cuya presencia en la obra es muy evidente, testimonio personal y literario de un momento clave de nuestra historia.

18

## BIBLIOGRAFÍA

- AYORA Y SOTOMAYOR, FERNANDO, *El Rey Don Pedro de Castilla el Justiciero, defendido por Don Fernando de Ayora y Sotomayor*, Valencia: Universitat de València, 1997.
- CÁSEDA TERESA, JESÚS FERNANDO, “Autobiografía poética en el *Libro de Buen Amor*: Juan Ruiz de Cisneros y la ‘Cruz cruzada, panadera’. De la trova caçurra a la cántica de escarnio”, *Archivum*, 70:2, 2020, 83-116.
- CÁSEDA TERESA, JESÚS FERNANDO, “Don Furón o ben Furón: El mundo mozarabe toledano en el *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz de Cisneros”, *Lemir*, 25, 2021, 141-154.
- CÁSEDA TERESA, JESÚS FERNANDO, “El episodio de Doña Garoza (Doña Urraca Artal de Luna) en el *Libro de Buen Amor*: Juan Ruiz de Cisneros y la familia aragonesa de los arzobispos de Toledo Jimeno de Luna y Gil de Albornoz”, *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 47, 2021, 230-244.
- CÁSEDA TERESA, JESÚS FERNANDO, “La historia de D. Melón Ortiz y D.<sup>a</sup> Endrina: Del guarda mayor Íñigo Ortiz de Estúñiga a D.<sup>a</sup> Juana de Orozco y Meneses, miembro de la familia de los señores de Hita. Y algunas referencias navarras en el *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz de Cisneros”, *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 49, 2021, 136-148.
- CÁSEDA TERESA, JESÚS FERNANDO, “Pedro I ‘el Cruel’ y su amante María de Padilla —cuñada de Juan Ruiz de Cisneros— en el *Libro de Buen Amor*: Del Pintor Pitás Pajas al ‘Elogio de las dueñas chicas’”, *Lemir*, 25, 2021, 283-304.
- CÁSEDA TERESA, JESÚS FERNANDO, “Crónica militar y política del año 1355 en el *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz de Cisneros: la pelea de D. Carnal (D. Pedro

- I 'el Cruel') y D.<sup>a</sup> Cuaresma (D.<sup>a</sup> Juana Núñez de Lara, señora de Vizcaya) en Gordejuela y Ochandiano”, *Lemir*, 26, 2022, 267-290.
- CÁSEDA TERESA, JESÚS FERNANDO, “Raquel (la judía de Toledo) y el rey Midas o Vidas. Génesis histórica y autorial del *Cantar de Mio Cid*: de la derrota de Alarcos (1195) a fray Diego Velázquez, probable creador de la obra”, *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 50, 2022, 493-519.
- CÁSEDA TERESA, JESÚS FERNANDO, “La falsa datación del *Libro de Buen Amor* y el episodio de D. Simio, alcalde de Buxía (o D. Simuel Leví, alcalde u oidor de la Audiencia de Castilla): Del robo del tesoro real en 1355, a la excomuni3n de Pedro I, 'el Cruel' ”, *Lemir*, 27, 2023, 161-180.
- CORREA RAM3N, AMELINA, “La prosa literaria de Pedro I a trav3s de los romances”, en Isabel Toro Pascua (coord.), *Actas del III Congreso de la Asociaci3n Hisp3nica de Literatura Medieval (Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994, 269-276.
- CRiado DE VAL, MANUEL, *Historia de Hita y su Arcipreste: vida y muerte de una villa moz3rabe*, Guadalajara: Minaya, 1998.
- DEVIA, CECILIA, “Pedro I y Enrique II de Castilla: la construcci3n de un rey monstruoso y la legitimaci3n de un usurpador en la *Cr3nica* del canciller Ayala”, *Mirabilia: Electronic Journal of Antiquity and Middle Ages*, 13, 2011, 58-78.
- DEVIA, CECILIA, “Dos visiones del conflicto petrista-trast3mara: las *Cr3nicas* de Ayala y las *Memorias* de Leonor L3pez de C3rdoba”, *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, 18, 2012-2014, 303-316.
- DUR3N, AGUST3N, *Romancero General o Colecci3n de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, Madrid: Rivadeneyra, 1877.
- FERN3NDEZ, MANUEL, *El rey don Pedro I y su tiempo (1350-1369)*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 2016, 87-116.
- GYBBON MONYPENNY, G. B. (ed.), *Libro de Buen Amor*, Madrid: Castalia, 1990.
- L3PEZ DE AYALA, PEDRO, *Cr3nicas de los Reyes de Castilla Don Pedro, Don Enrique II, Don Juan I, Don Enrique III*, Madrid: Imprenta de Don Antonio de Sancha, 1779 [c. 1390].
- MORROS, BIENVENIDO, “La pelea de don Carnal y doña Cuaresma como parodia de las batallas de Alarcos y Navas de Tolosa en el *Libro de buen amor*”, en Eugenia Fosalba Vela y Gonzalo Pont3n (coords.), *La escondida senda: estudios en homenaje a Alberto Blecua*, Madrid: Castalia, 2012, 17-37.
- ORD3NEZ FERRER, CASILDA, “María de Padilla, esa dulce y equilibrada castellana”, *Publicaciones de la Instituci3n Tello T3llez de Meneses*, 36, 1975, 89-105.
- PEREA RODR3GUEZ, 3SCAR, “Pedro I y la propaganda antipetrista en la g3nesis y el 3xito de la poesía cancioneril castellana, I”, *La Cor3nica: A Journal of Medieval Hispanic Languages, Literatures & Cultures*, 45, 2017, 109-132.

- PEREA RODRÍGUEZ, ÓSCAR, “Pedro I y la propaganda antipetrista en la génesis y el éxito de la poesía cancioneril castellana, II”, *La Corónica: A Journal of Medieval Hispanic Languages, Literatures & Cultures*, 46, 2017, 151-181.
- PÉREZ GÓMEZ, ANTONIO, *Romancero del rey D. Pedro (1368-1800)*, Valencia: Tipografía Moderna, 1954.
- QUINTANILLA RASO, MARÍA CONCEPCIÓN, “La nobleza señorial en la Castilla pretrastámara: actitudes regias y reacciones nobiliarias en el reinado de Pedro I”, en Manuel García Fernández, *El rey don Pedro I y su tiempo (1350-1369)*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 2016, 87-116.
- SÁNCHEZ ORTEGA, MARÍA-HELENA, “La mujer como fuente del mal, el maleficio”, *Manuscripts*, 9, 1991, 41-81.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, ÁNGEL, *La imagen del Rey don Pedro en la literatura del Renacimiento y del Barroco*, Madrid: Aache, 1994.
- SANMARTÍN BASTIDA, REBECA, “Un viaje por el mito del rey cruel”, *Revista de Literatura*, 129, 2003, 59-84.
- VALDALISO CASANOVA, COVADONGA, “La dimensión política de la obra cronística de Pedro López de Ayala”, en Rica Amran (coord.), *Autour de Pedro López de Ayala*, Paris: Université Jules Verne, 2009, 189-202.